

Más aun que escribir pensando, suele uno á veces pensar escribiendo. Te aseguro que, al sentarme á escribir, no tenia el propósito de extenderme tanto sobre un asunto tan ajeno á las impresiones de viaje como el que me ha arrastrado á si.

Pero una multitud abigarrada, llena de color y de carácter, se agita allá abajo en la *Rambla* que miro desde el balcón del hotel Falcón, donde te escribo. Un sol amarillo se filtra por entre las hojas de los árboles inmóviles que forman bóveda sobre el paseo, y, en gotas ó chorros de luz, cae en el suelo y sobre la gente que va y viene, formando una mancha de color llena de vida y transparencia.

Veo desde aqui ventas de flores, muchachas que las ofrecen á los transeuntes, chiquillos que corren vendiendo papeles, y van con las bocas abiertas, que veo desde aqui como agujeritos negros, de los que supongo sale vibrando el nombre de algún periódico; son pequeñas locomotoras que pasan silbando; su ruido se mezcla á otros mil ruidos que llegan hasta mi como el vapor sonoro de la multitud.

Vamos, pues, allá: demos un paseo por las ramblas, y visitemos la ciudad. Pondré de paso esta carta en el correo.

Salta de ella lo que te parezca pesado.

En otras me corregiré, si puedo, filosofando menos y contándote más.

BARCELONA

¡Qué diferencias de carácter entre las distintas regiones de España!

Está más lejos Sevilla de Barcelona, que Méjico de Buenos Aires.

Y sin embargo existe indudablemente una gran patria española; la variedad precisamente es lo que constituye el vigor de su unidad. En ninguna parte mejor que aqui puede realizarse el ideal de la descentralización administrativa dentro de la más inquebrantable unidad política. La Patria, la región, la provincia, la ciudad, el gremio, todo es compatible. Más aún: en la sabia organización de los gremios, con derechos y representación colectivos, en sustitución del sufragio individual, está acaso la solución de las dificultades que ofrece en su aplicación nuestro hermoso régimen democrático.

Madrid es el espécimen de España. Se viste de capa, y de abarca, y de boina, y de mantilla, y de

calañés, y de zaragüelles, y de frac, y de uniforme palatino ó académico.

Llego á Barcelona, y me la encuentro vestida de blusa y de barretina, el gorro de lana rojo ó azul enroscado hacia adelante.

Barcelona es seria; hasta se alegra con seriedad. Trabaja ante todo; canta en sociedades corales, en orfeones, nó al son de la guitarra, ni al aire libre; se ríe en catalán. Y, pese á los versos de Verdguer y á la artística fraternidad de los felibres de aquende y de allende los Pirineos, yo encuentro duras las vocales paladales de la lengua de Oc.

Allá en el mediodía dejamos ¿te acuerdas? á la luminosa Sevilla, vestida de corto y de mantilla.

¿Recuerdas aquellas airosas cabezas de cabello negro vueltas hacia el hombro derecho, inclinadas hacia atrás, y llevadas en triunfo por cuerpos esbeltos, cadenciosos y flexibles? Los claveles rojos que arraigan en esas cabezas, participan de la vida de la andaluza; parece que se enrojecen allí más, porque circula en ellos la sangre de su graciosa dueña.

En Sevilla todo se mueve y sonríe; la luz es más sutil que en otras partes; todo lo compenetra, cuerpos y almas. En los ojos andaluces la luz apaga el fuego: por eso son transparentes. Allí se ve, muy á menudo, color verdadero de ojos de niño en pupilas de mujer.

Sevilla no toca el suelo: flota en el sol.

De ahí acaso que las castañuelas, cuyo sonido se parece al hervor de las chicharras en las siestas ardorosas, suenan allí en su ambiente propio, hasta cuando se las oye en las naves de la espléndida catedral.

Nada me ha conmovido más que el *baile de los seises* que vi en la catedral de Sevilla en la octava de *Corpus*. Oír pasar por sobre las cabezas inclinadas del cardenal-arzobispo, de los canónigos, del puéblo entero, los grupos de notas desgranadas de las castañuelas agitadas por manos de niños que se mueven en danza cadenciosa ante el altar; oírlas pasar por entre el silencio, entre los hombres y Dios, envueltas en humo de incienso, es algo de una belleza incomparable. Yo recuerdo que, cuando oí los primeros choques de las castañuelas, miré á mi alrededor para cerciorarme de que aquello era verdad. En otra parte que no fuera Sevilla me hubiera parecido una profanación; allí era una cascada de alegría que caía de la tierra al cielo, una risa de amor de Dios.

Como se ofrecen al cielo las flores; como la madre hace rezar al hijo balbuciente entre las risas del despertar, Sevilla hace rezar á sus castañuelas que son su mejor tributo, pues son el órgano fiel de su espíritu impregnado en cielos azules, en claridades reverberantes, en ebullición de notas y de colores.

Sevilla, aunque no está estrangulada, como Cádiz, por vetustas fortalezas que impiden su expansión, conserva todo su carácter; aun se vé allí la

casa de Figaro el barbero; aun se puede reconocer el balconcillo de la serenata nocturna. Existe la *Macarena*, vive *Triana*; hay macetas de flores en los balcones, y azulejos en los frisos de sus patios blancos, y ojos negros detrás de las persianas y de las rejas.

Barcelona, la ciudad condal, ha cambiado, cambia cada día; se está devorando á sí misma; ya no está siendo más que una gran capital, ya no es más que una espléndida ciudad!

Las grandes y hermosas avenidas modernas, al abrirse paso, amplias y luminosas, han ido amontonando en los rincones la vieja ciudad. Roto el circuito de sus antiguas fortificaciones, la villa se ha lanzado al campo; y sus ensanches, del mismo carácter, del mismo color que todos los ensanches modernos, improvisados, fabricados, ocupan diez veces más espacio que la ciudad antigua que tuvo su carácter propio muy interesante. Las viejas calles se ensanchan, y se prolongan, y corren á buscar las nuevas plazas, los paseos nuevos, el parque ó jardín público, el paseo de *Gracia*, el barrio de las fábricas, erizado de chimeneas que húmean sin cesar. Nadie irá á buscar hoy en Barcelona la huella de Roger de Flor ó de Lauria, ni la de los Berenger, ni la de aquellos heroicos catalanes y aragoneses que fundaron en Grecia el legendario imperio, ni la de los conquistadores de las Balears.

Aún el Monjuich, con sus fortalezas, es sello de gloria catalana; aún la catedral gótica del siglo XIII es, con su maravilloso claustro, timbre de piedad y de grandeza pasadas, como lo es la deliciosa fachada de la capilla de San Jorge, de estilo gótico florido, de lo más puro y elegante; pero la Barcelona que hoy se ve es la hija de la industria moderna, la del trabajo pujante que tiene su noble simbolo en la estatua de Don Antonio Lopez, erigida en una de las plazas de la ciudad, y su tipo viviente en el obrero de blusa y barretina que pasea las calles, puebla los cafés en las horas de descanso y los andamios y las fábricas en las de labor. Su tipo es duro, vigoroso, inteligente, lleno de carácter.

Aquí se trabaja, se emprende, se progresa: puerto, grandes vías, palacios modernos, plazas, fortunas recién nacidas y que constituyen ya nuevas clases sociales: ese es el sello de esta gran ciudad.

Aquí se recuerda el *ferret opus* de Virgilio: la colmena, la labor de la hormiga.

Por eso, sin duda, he recordado á Sevilla.

Yo, francamente, no estoy del todo conforme con Lafontaine; su hormiga, á fuerza de ser trabajadora, llega á ser egoísta y prosaica.

La pobre cigarra se entretuvo sonando sus pequeñas castañuelas de plata, y se le vino encima el invierno cuando menos lo pensaba, sin haber he-

cho provisiones. La hormiga, antipática y cruel, no sólo la deja morir; la humilla con su estúpido sarcasmo. Mal hizo la cigarra, es verdad; debió haber trabajado algo; pero si no hay quien cante, el mundo será triste.

¡No dejemos morir de hambre á las pobres cigarras porque no contrataron con nosotros antes de cantar!

Si lo hubieran hecho, les hubiéramos pagado caro para no trabajar á oscuras.

¡No las desdeñemos porque no saben hacer grandes provisiones! La cigarra es la vocación irresistible á la alegría; sin esa vocación no madrugarían las alondras para alegrar las auroras, ni interrumpirían su sueño los ruiseñores para dar voz al misterio de la noche. Y tendríamos auroras sin risas en el aire, siestas sin hervores en las ramas, noches sin quejidos en la obscuridad transparente. ¡Vaya un mundo el que tendríamos!

Eso son los poetas, eso los artistas. Han sido pobres y han enriquecido con su pobreza á la humanidad.

Yo hubiera deseado sentir aquí una cigarra entre tanta hormiga; oír un cantor popular esencialmente catalán, algo que equivaliera á las sevillanas oídas en Sevilla, al zortzico oído en las provincias vascongadas, á la gaita oída en Galicia: á todo eso junto que, mezclado á las jotas y á las peteneras, y á las malagueñas, se oye tan á menudo en las

calles de Madrid; oír á España, en una palabra, la madre España que, en su unidad y en su variedad pintorescas, es la que hace grande á cada una de sus hijas sin arrebatárles por ello su carácter propio.

Yo bien se que nadie con más títulos que Cataluña contribuye á la grandeza de la patria común; pero el hecho es que yo no he oído *sardanas*, cantos populares locales en Barcelona; oí músicos ambulantes que cantaban en italiano ó en francés. Casi me he olvidado á veces aquí de que estoy en España; y, por más títulos que conquiste Barcelona al amor y á la admiración del mundo, jamás adquirirá ninguno que equivalga para ella á su título de española.

Admiremos, sin embargo, el arte español interpretado por un artista catalán, algunas de cuyas obras encuentro en la *Casa de la Diputación*, interesante edificio que acabo de visitar.

Aquí están la *Odalisca el Contino* y la *Batalla de Tetuán* de Fortuny, el gran poeta del color.

Fortuny es una gloria artística de Barcelona. Nada sería que hubiera nacido, como nació, en tierra catalana, si Barcelona no lo hubiera amado como lo amó, si no lo hubiera estimulado, y ayudado, y comprendido. El artista es como la semilla: no germina ni fructifica sin el concurso de la tierra en que cae, de la *temperatura moral* que lo envuelve. Sólo tienen poetas los pueblos y las épocas que los merecen: Velasquez, Murillo, Zurba-

rán, Herrera, Alonso Cano aparecen en España con Lope de Vega, Calderón, Guillén de Castro, Cervantes, Tirso de Molina, Fray Luis de León. Es la atmósfera la que nos enciende los astros. ¡Cuántas estrellas pasarán apagadas por nuestro cielo!

Yo casi no conocía á Fortuny y, sin embargo, lo amaba desde que el Museo del Prado de Madrid, mi soberano maestro de arte, me hubo enseñado un esbozo de batalla que posee del gran pintor catalán. Muchas veces he entrado al Museo del Prado y subido las largas escaleras que conducen al piso alto, sólo por ver ese esbozo; en él no he mirado yo batalla, ni figuras, ni movimientos, sino color, alma y armonía de color.

En pintura, el color por sí solo es el arte, como lo es el sonido en música. Un pintor español no es español por la escena ó el motivo que pinta, sino por el color vivo que derrama en el lienzo; una mancha, una impresión, vale á veces más que un cuadro; y, muy á menudo, el primer apunte de un artista es muy superior al gran cuadro que nace de él. A mi me gusta más el esbozo de Fortuny del Museo del Prado, que su magnífica *Batalla de Tetuán* que veo aquí. Es que en la mancha de color está sólo el pintor y todo el pintor, el poeta del color expresivo; después vienen la indumentaria, la historia, las contumbres, las exigencias de taller, la misma poesía como arte universal; y la intensidad de la belleza color se va ofuscando. Luz más luz, suele ser obscuridad,

A mi me encanta la simple paleta de un gran artista que trabaja; me parece que, en ella, los colores son gérmenes vivos que se buscan; se me antoja que son ellos los que se lanzan espontáneamente de la paleta al pincel del artista, buscando en él el otro color amado, para fundirse en un beso de pasión que engendra la nota genial que vivirá para siempre en la tela.

En mis inútiles tentativas de animar tintas embadurnando lienzos y paletas, con que he recreado mis ocios, yo he visto los colores, frios como cadáveres, moverse indiferentes, inertes bajo mi brocha; he visto en cambio al artista genial coger con la espátula los residuos de la paleta con que ha estado pintando, y arrojar casi inconscientemente ese pedazo de pasta palpitante sobre la tela, dejando en ella un surco de tierra llena de sol, un trozo de cielo impregnado de grises transparencias, una hondura de noche carminosa ó azulada, llena de *más allá*.

Es que en aquella paleta agitada por el espíritu había más que colores materiales; había vida; eso es pintura: alma del color.

Fortuny dibujó por modo insuperable, con vigor y facilidad, con depurada corrección y elegancia exquisita; su contorno es expresión; tiene su línea la ondulación de la vida. Pero lo que triunfa en él es su manera de ver el color, su intensidad en sentir las misteriosas armonías que flotan en el aire y en las cosas. Ese fué el secreto de Velasquez, el primer pintor del mundo.

El maestro del dibujo ó de la composición se forma; el colorista, como el poeta, nace. Es que los colores no están en las cosas: están en nuestra retina, son modificaciones producidas en ella por el mundo exterior; el mismo objeto produce distintas sensaciones de color en almas diferentes. De ahí que el pintor tenga su colorido propio, sus motivos y tipos preferidos, sus actitudes, sus procedimientos de ejecución, como el poeta tiene sus imágenes, su estrofa, su verso, su vocabulario.

El artista tiene en el alma una intuición propia, una especie de ensueño de color, como tiene la juventud un ensueño de mujer. *Esa es*, dice el alma cuando encuentra el original en la vida.

Fortuny tenía un ensueño español de luz y de color. Lo buscó con pasión, y lo halló por fin en África, donde, más que hazañas y batallas, pinta luz y sombras, armonías de tonos sorprendidos en albornoces flotantes al sol, en masas blancas erizadas de espingardas y proyectadas sobre fondos de ocre, en tipos cobrizos de blancos trajes talarés, envueltos en medias tintas bajo el arco de herradura; lo halló en Granada y Sevilla, donde la luz protagonista invade todos los planos del paisaje, reverbera en los arabescos de los alcázares y alhambbras, y da vigor y carácter y tonos calientes á los tostados tipos populares.

Fué entonces cuando se reveló el gran colorista; fué entonces cuando Fortuny realizó grande obra artística; no tanto porque sus cuadros se ajustaron á la realidad, sino porque el pintor había ha-

llado, por fin, la realidad que se ajustaba á su ensueño de color y de armonía.

Ese fué el momento decisivo de Fortuny; de entonces es el vigoroso esbozo que yo conocí en el Museo del Prado, y que es sin duda la base de esta *Batalla de Tetuán* que estoy viendo aquí. Pintó después mucho y siempre magistralmente; Roma y Paris fueron teatro de su gloria é influyeron poderosamente en él: el *Jardin de los poetas*, que conocí en la Exposición del centenario de Colón, es un Meissonier sumergido en luz de Andalucía. Pero siempre, debajo de la superficie formada por los gustos y exigencias transitorios, queda en este genial pintor, como rasgo predominante y vencedor, su incomparable sentimiento del color: color español que, resucitado en Goya, para iniciar el siglo actual después de largo eclipse, nos ofrece hoy en su renacimiento los primeros coloristas modernos: Rosales, Villegas, que es Fortuny redivivo, Pradilla, Casado del Alisal, Moreno Carbonero, Sanz, Casto Placencia, Ferrant, Domingo; y un grupo de jóvenes, como mis queridos amigos Ramirez y Garnelo, y como Sorolla y Plá, y Martinez Abades, y Masriera, y Muñoz Degrain, y muchos otros que son legión en marcha.

Vuelvo á mi hotel, atravesando las hermosas *Ramblas* llenas de animación y de sol, y encuentro de nuevo en mi camino la estatua de D. Antonio Lopez, y, allá á lo lejos, el magnifico monumento á

Colón. Me quedo mirando un largo rato por aquellos sitios llenos de árboles, palpitantes de color.

— ¿Qué busca? me dice mi compañero.

— El sitio en que levantará Barcelona la estatua de Fortuny.

— ¿La hormiga y la cigarra?

— Si; unidas y reconciliadas por la meditación. Vea Vd. aquel otro ángulo; allí irá el monumento á Balmes. El filósofo de Vich estará sentado, con la cabeza apoyada en la mano, y la mirada hundida en el pensamiento.

MARSELLA

Viaje en ferrocarril: comenzado al amanecer cuando los millares de pájaros de la Rambla de Barcelona formaban entre los árboles una verdadera ebullición de notas, como si en cada rama se hubiera colgado una campanilla, y terminado cuando las luces eléctricas de la estación de Marsella alumbraban en plena media noche, ya cansadas y pálidamente brillantes.

El trayecto de Barcelona á Marsella no ofrece gran interés: cerros y viñas; los primeros parecen torres de Babel. Tal aspecto les dan los escalones que, sostenidos por paredes de piedra, trepan hasta la cumbre á fin de formar planos horizontales superpuestos de tierra casi artificial en que plantar. Las grietas de la roca en que existe un poco de tierra vegetal; las sinuosidades de la orilla arenosa del rio, todo sirve, todo se utiliza para plantar un olivo ó una hilera de viñas. Cuando yo, recordando aquella fecunda tierra virgen de nues-